

# Libertad (ensayo ético)

Oscar R. Campos

Image not found.

## Capítulo 1

Hitler tenía razón. También Bukowski. Ellos mejor que nadie sabían que el concepto de libertad no podía comprenderse como algo físico. Más bien, como supo ver Hitler a principios de los años treinta, como algo moral. Sí, lo sé, a Hitler se le llama loco, asesino y mil barbaridades más. Pero él lo entendió tan bien como Bukowski. El borracho escribió un poema que, cuando lo leí por vez primera, me dejó un poco frío; cuando lo volví a leer, años más tarde, me dejó de cualquier manera menos frío.

Y él agarró el cuchillo  
se desabrochó el cinturón  
se arrancó la ropa delante de ella  
y se cortó las pelotas.

Respira; nadie te pedirá que entiendas a Bukowski. Además, este poema no habla de la libertad en sí, aunque se llame así, Libertad, sino que habla del amor, de ese amor corrompido y étlico que él debía sentir hacia cualquier mujer.

Y él se sentó ahí,  
sosteniendo tres toallas entre las piernas  
no importándole ya si ella se iba o se quedaba  
si se vestía de amarillo o de verde  
ni ninguna otra cosa.

Y mientras con una mano sostenía las toallas,  
levantó la otra y se sirvió otro vino.

Es un poema de amor, no un poema sobre la libertad, pero la esencia es la misma. Quiero decir que Hitler y Bukowski sabían de lo que hablaban cuando hablaban de libertad. Cada uno a su manera. Cada uno de ese modo estúpido e inquietante propio de los genios o de los genocidas. Hitler escribió algo sobre la libertad de la gente, pero no recuerdo qué era; supongo que se refería a la liberación del pueblo alemán del yugo de dios sabe qué malvada raza. Sí, justo antes de que rearmara a su ejército y decidiera luchar por la libertad de su país metiendo a medio planeta en una guerra.

Hitler podía haber sido un gran poeta. Quiero decir que si coges el Mein Kampf y lo lees con detenimiento te das cuenta de que el cabrón no

escribía tan mal. Si a todas esas tonterías sobre los franceses, los judíos y los putos sudetes le hubiera metido algo de lírica le hubiera quedado un libro muy bueno. Y el Mein Kampf es un buen libro, te lo aseguro. El problema es que es un libro que nadie entiende bien, excepto los psicópatas que, como Hitler, creen que el mundo es tan arrio como el coño de Eva Braun.

Hitler hubiera sido un gran poeta de no haber estado tan obsesionado con su polla. Seguro que hubiera sido un gran poeta, aunque no tan bueno como Bukowski. Es mi opinión. A Bukowski le puedes pedir cualquier cosa y el tío lo hará, bien o mal, pero le pone empeño. Borracho o no, dormido en el banco de un parque o en su casa de un barrio de lujo de Los Angeles. Un relato breve o un poema; incluso un guión de cine, siempre que tenga a mano una botella de vino y sus cigarrillos.

Hitler y Bukowski tenían algo en común: ambos eran alemanes. El nazi había nacido en Austria, pero eso es lo de menos. Y ambos supieron entender la libertad como nadie. Mejor que tú y que yo, mejor que nadie en toda la historia de la humanidad. Cada uno a su manera (genocida o poeta), ambos vieron con la lucidez propia de los iluminados que la libertad requería de un sacrificio a cambio. Ya fuesen seis millones de judíos o tu propia salud en forma de cirrosis hepática, ambos vieron que la libertad era tan importante que merecía la pena ese sacrificio y cualquier otro. Lo malo es que lo hicieron mal, o no lo supieron hacer bien para que nosotros lo viéramos con la misma sutileza.